

2 a.C.

La magia de la época del Antiguo Testamento está llegando a su fin.

Los grandes diluvios, los animales simbólicos y los mares cuyas aguas se separan han cedido el paso a las fuerzas del hombre. Muchos creen que Dios ha abandonado el mundo, gobernado en su mayor parte por Roma y su nuevo emperador, César Augusto.

Judea (que forma parte del moderno Israel) es una de las muchas provincias romanas y está gobernada por un cruel rey títere llamado Herodes el Grande, que, enfermo y a punto de morir, se aferra desesperadamente al poder por medio del asesinato y la intimidación. Y tiene razones para estar paranoico, ya que las antiguas profecías hablan del inminente nacimiento de un mesías, un Rey de los Judíos que derrotará a los demás reinos del mundo...

1

La última batalla del Fantasma de Antioquía

«No es la muchedumbre de los ejércitos lo que salva al rey,
ni se libra el guerrero por su mucha fuerza.»

Salmos 33, 16

I

Un rebaño de cabras monteses, con los delgados cuerpos, que recordaban a los antílopes, empequeñecidos por un par de gigantescos cuernos curvados, pastaba en un risco del desierto de Judea. Una agradable brisa les acariciaba el lomo mientras buscaban cualquier cosa que creciera en aquella interminable nada, arrastrando el hocico caliente y agrietado por la tierra caliente y agrietada, mordisqueando los suculentos brotes de vegetación que hubieran conseguido abrirse paso hasta la superficie.

Una, tentada por unas solitarias briznas de hierba que temblaban en el borde del risco, se apartó de sus compañeras y se acercó al profundo barranco más de lo que usualmente se atrevían. Y en aquel momento arrancó con los dientes aquellas briznas. Sus hendidas pezuñas pisaron las rocas sueltas del borde al cambiar de postura, empujando alguna que otra piedrecilla que cayó rebotando hasta el valle que se abría un centenar de metros más abajo. Diez millones de años de ambiciones geológicas deshechas en pocos segundos.

A unos kilómetros al norte de donde la cabra montes masticaba aquel alimento duramente conquistado, un carpintero viajaba hacia Jerusalén en medio del tórrido calor del mediodía, con la cabeza sumergida en historias de plagas y diluvios para que la sed no lo volviera loco. Tras él iba su esposa, una joven en avanzado estado de gestación dormida a lomos de un asno. Y aunque la cabra montés nunca lo sabría, porque su vida, como la vida de todas las cabras monteses, pasaría completamente inadvertida para los anales de la historia, estaba a punto de convertirse en el único testigo vivo de un hecho realmente extraordinario.

Aquí pasa algo...

Quizá fuera un destello percibido con el rabillo del ojo, o una diminuta, casi imperceptible vibración bajo sus pezuñas. Fuera cual fuese la razón, la cabra se sintió impulsada a erguir la cabeza y observar el vasto desierto que tenía debajo. A lo lejos distinguió una nubecilla de polvo que avanzaba sin descanso por aquel paisaje que combinaba toda la gama de pardos y marrones. Aquello era muy inusual. Las nubes de polvo se alzaban del suelo de manera continua y bailoteaban al azar en el desierto como espíritus arremolinados. Pero dos cosas convertían aquella nube en algo único: una, se movía en línea recta de derecha a izquierda; y dos, otra nube, mucho mayor, le iba a la zaga.

Al menos eso parecía. La cabra montés no sabía que las nubes de polvo pudieran perseguirse unas a otras. Sólo sabía que había que evitarlas todo lo posible, ya que eran mortales para los ojos. Sin dejar de masticar, se volvió para comprobar si las otras cabras habían visto el fenómeno. No habían visto nada. Todas pastaban como si no tuvieran otra preocupación en el mundo, con el hocico pegado al suelo. La cabra volvió la cabeza y meditó un poco más aquel extraño acontecimiento. Después, convencida de que no había peligro para ella ni para el rebaño, volvió a concentrarse en la comida. Las dos nubes siguieron moviéndose en silencio a lo lejos.

Cuando arrancó con los dientes otra brizna de hierba de la roca, la cabra había olvidado por completo que aquellas nubes habían existido alguna vez.



Baltasar no veía un carajo.

Cabalgaba montado en el camello por el desierto valle, espolcando con salvajismo los flancos del animal. Sólo sus ojos eran visibles a través de la kufiya que le envolvía la cabeza para protegerlo del sol y del olor del giboso mamífero que lo transportaba. A ambos costados de la montura colgaban unas alforjas sobrecargadas,

mientras que de su cintura pendía un sable que se agitaba al ritmo del furioso galope con que recorrían las arenas del desierto. Baltasar se volvió para ver a qué distancia estaban sus perseguidores, pero lo único que vio fue la Nube. La misma nube sólida e incansable que lo iba siguiendo desde Tel Arad. La nube que le impedía saber cuántos hombres lo perseguían. ¿Docenas? ¿Centenares? No había forma de averiguarlo. Por el momento era una nube de furia sin determinar.

Oyó un débil silbido procedente de la zona donde estaba la nube, casi igual que el que produce el viento cuando cruza un desfiladero. Al principio sólo fue una nota cuyo timbre se volvía más grave y cuyo volumen se volvía más fuerte cada segundo que pasaba. A aquella nota le sucedió otra y luego otra, hasta que a sus espaldas el aire se convirtió en un coro de silbidos que pasaban del registro de soprano al de tenor conforme aumentaban de volumen y se aproximaban. En el momento en que Baltasar se dio cuenta de lo que significaba aquello, las flechas comenzaron a clavarse en la tierra que dejaba atrás.

Me disparan mientras cabalgan, pensó.

Ninguna flecha se había acercado tanto como para preocuparle. A Baltasar no le extrañaba. Todo arquero experimentado sabe que disparar una flecha desde un caballo lanzado al galope venía a ser como postrarse para rezar. Incluso a veinte metros había pocas posibilidades de dar en el blanco. Desde aquella distancia era inútil. Era sólo un signo de desesperación o de cólera. Baltasar no creía que los de Judá estuvieran desesperados. Estaban furiosos y con ganas de descargar aquella furia sobre su cráneo si conseguían atraparlo. Después de todo, las ignotas legiones causantes de aquella nube no sólo estaban persiguiendo al sinvergüenza que había huido con un tesoro de objetos robados, ni al canalla que había matado a un puñado de compañeros...

Perseguían al «Fantasma de Antioquía».

Era un apodo basado en los dos únicos datos que los romanos conocían de él: primero, que era sirio de nacimiento, en cuyo caso

era una buena suposición que fuese oriundo de Antioquía, y segundo, que tenía una gran habilidad para colarse en las casas de los pudientes y hacerse con sus riquezas sin ser visto ni oído. Aparte de estos hechos y de una vaga descripción física, los romanos no sabían nada, ni su edad, ni siquiera su auténtico nombre. Y aunque «El Fantasma de Antioquía» no era un apodo muy original, tampoco era tan malo. Baltasar tenía que admitir que le gustaba verlo en la lista de los «delincuentes conocidos» que aparecían en las paredes de los edificios públicos, siempre en rojo, siempre en latín: *¡Se busca! El Fantasma de Antioquía... Enemigo de Roma! ¡Ladrón del Imperio Oriental!* Desde luego, no tenía la mala fama de Aníbal o la de Espartaco, pero era algo así como una celebridad menor en aquel pequeño rincón del mundo.

Sonó a sus espaldas otro coro de silbidos, seguido por otra lluvia de flechas. Baltasar se volvió y vio como caían las últimas. Aunque seguían cayendo demasiado lejos para preocuparle, aquella andanada no había sido disparada tan alocadamente como la anterior. *Se están acercando*, pensó.

—¡Más rápido, idiota! —gritó al obstinado camello, propinándole patadas en los flancos.

Ojalá pudiera apartarse de la vista de sus perseguidores durante un par de minutos y cambiar de dirección. Incluso en aquella situación, perseguido en medio de ninguna parte por un número indeterminado de soldados de Judea, con un camello cansado y maloliente y una espada roma por toda defensa, y aunque sus perseguidores estaban sólo a un par de minutos de distancia, Baltasar aún tenía una posibilidad de escapar. Había pasado años memorizando una red de cuevas donde esconderse, atajos entre tierras yermas, los mejores sitios para hacerse con comida y agua durante la huida. Había aprendido a sobrevivir. A seguir adelante en momentos en que el mundo entero parecía empeñado en mandarlo al infierno. Momentos como el presente.

Advirtió que el camello reducía la velocidad y le propinó otro fuerte puntapié en el flanco.

—Vamos..., un poco más...

El animal se había esforzado por no aflojar el paso cargado con aquellas pesadas alforjas, y Baltasar se había visto obligado a tirar algunos objetos, los más pesados, al huir de Tel Arad. Ver toda aquella riqueza desperdigada en la arena le había revuelto el estómago. Apretaba las mandíbulas y le rechinaban los dientes sólo de pensar que algún afortunado pastor podía tropezar con aquel botín. No había nada más fastidioso e injusto que negar a un hombre los frutos conseguidos a pulso con su trabajo, sobre todo cuando esos frutos eran de oro macizo. Baltasar había acariciado brevemente la idea de cortarse un brazo para desprenderse de un peso similar. Pero la perspectiva de ser un maleante manco no era muy esperanzadora.

—¡Más rápido! —gritó de nuevo, como si aquello fuera a estimular al camello más que las mil patadas que le había asestado ya. La distancia entre sus perseguidores y él se acortaba y Baltasar se vio obligado a considerar de nuevo lo impensable: deshacerse de otra parte de aquel tesoro tan duramente ganado.

Rebuscó en una alforja hasta que sus manos dieron con algo que parecía pesado. Le resultó casi insoportable mirarlo cuando lo sacó. Allí, en su mano, había una copa de plata maciza, casi del tamaño de una sopera, grabada con intrincados dibujos y adornada con piedras preciosas. Era una pieza admirable, fabricada con los materiales más finos con la más exquisita maestría. También era increíblemente pesada. Baltasar apoyó la copa en el muslo. Luego, apartando la mirada y con el estómago encogido, la dejó caer. Volvió la cabeza para ahorrarse el espectáculo de la copa rodando por la arena del desierto y para resarcirse propinó al camello otro fuerte puntapié.

—Vamos, imbécil..., un poco más...

Ciertamente la sed no era el problema. Un camello podía beber cien litros de una sentada y vivir con esa agua durante semanas. Su orina era un espeso jarabe. Por el amor de Dios, hasta su mierda era tan seca que se podía utilizar como leña. No..., no era la sed.

Imposible. ¿El cansancio? Improbable. Se sabía que los camellos podían vivir cincuenta años o más. Y aunque Baltasar sólo había podido echar un breve vistazo a la cara del animal mientras se lo robaba a un desdichadísimo beduino, calculó que no tendría más de quince años. Veinte a lo sumo. Aún estaba en la flor de su triste vida.

—Sólo un poco más, hijo de puta...

No, aquel camello era un cabezota, nada más que eso. Y la cabezonería se podía corregir con un par de patadas bien dadas. Baltasar calculó que el animal podía seguir galopando a toda velocidad durante una hora más. Quizá dos. Y si ese cálculo se sostenía, si conseguía vencer la cabezonería del camello, entonces tendría una posibilidad de llegar a Jerusalén. Y si llegaba a Jerusalén, estaría a salvo y en casa. Allí podría mezclarse entre la multitud que sin duda abarrotaba las calles con motivo del censo. Podría desaparecer. Cambiar sus objetos robados por monedas, ropas, alimentos... y, desde luego, por otro camello.

Puede que Baltasar fuera un ladrón, pero detestaba correr riesgos. El riesgo mataba a los hombres. El riesgo era innecesario. Cuando un hombre estaba preparado, cuando tenía el control, todo sucedía según lo planeado. Pero en el momento en que dejaba algo al azar, en el momento en que confiaba en socios, o en el instinto, o en la suerte, todo se iba al garete. Por eso lo perseguía por el desierto una gigantesca nube mientras él montaba un animal apestoso y falto de entusiasmo. Porque había corrido un riesgo. Porque había cometido el pecado imperdonable de confiar en su instinto.

Por mucho que le fastidiara, por mucho que fuera contra su naturaleza, Baltasar tuvo que admitir que el desenlace de su actual situación estaba más allá de su control. Ya podía propinar todas las patadas que quisiera a la bestia y hartarse de maldecir...

Ahora todo dependía del camello.

II

Todo había parecido perfecto. La tentación era enorme: alijos mal vigilados de objetos preciosos, un noble corrupto, y un populacho explotado por los romanos. Ni un cartógrafo habría podido encontrar un camino más directo al corazón de Baltasar.

Otra tentación había sido el lugar. La ciudad de Tel Arad estaba a más de setenta kilómetros al sur de Jerusalén. Y cuanto más lejos estuviera de Jerusalén, menos probabilidades había de encontrar tropas, ya fueran nativos de Judea del rey Herodes o soldados de élite romanos. Y aunque Tel Arad aún palidecía en comparación con la gran capital de Judea, era la sede de un templo impresionante de reciente construcción. Para las personas respetuosas de la ley aquello habría parecido un detalle trivial. Pero para Baltasar lo era todo. Los templos significaban viajeros y cambistas. Significaban que un hombre de aspecto y acento foráneos no llamaría la atención y que alguien que quisiera vender objetos robados podría hacerlo con facilidad. Los templos eran el mejor amigo del ladrón.

La fundación de Tel Arad se remontaba a miles de años atrás y había sido destruida y reconstruida más veces de las que sus habitantes podían recordar. Y durante miles de años no había pasado de ser una «lúgubre aldea». Pero los tiempos habían cambiado. A ambos lados de la aldea olvidada habían prosperado vastos imperios que la habían transformado en un bullicioso centro de comercio. De repente, Tel Arad era el centro por el que pasaban las mercancías romanas que se dirigían hacia oriente y las mercancías árabes que se dirigían a occidente, hacia Egipto, el Mediterráneo y,

finalmente, Roma, por lo que su condición había ascendido a la categoría de «pequeña ciudad».

El síntoma más contundente de su creciente importancia había aparecido sólo un año antes, cuando Roma había decidido enviar a un gobernador, Décimo Petronio Verres, para que se ocupara de la administración de la pequeña ciudad. Oficialmente, Décimo estaba allí para asegurarse de que Tel Arad cumplía las tradiciones y respetaba las virtudes de la vida romana. Oficiosamente, y lo más importante, estaba allí para cortarles la cabeza a los ciudadanos conflictivos y asegurarse de que sus habitantes pagaran los impuestos cuando tocaba.

Puestos a entrar en detalles, Décimo se había sentido humillado al enterarse de su destino. Naturalmente, se lo habían asignado como un honor. Había sido «elegido por Augusto en persona para representar al imperio en Oriente». Pero Décimo sabía lo que era en realidad: una castración. Un castigo por oponerse al emperador en el senado demasiadas veces.

Lloró en privado al enterarse del nombramiento. ¿Cómo podían hacerle aquello a él? Para empezar, el desierto no era lugar para un romano, y menos aún para un romano como él, obeso y de tez blanca. Además, él era muy feliz donde estaba: segura y confortablemente instalado en las afueras de Roma, rodeado por el boato de una razonable, aunque no exorbitante riqueza. Ya había cumplido los cincuenta años, era demasiado viejo para cambiar por completo su forma de vida y andar de acá para allá bajo el calor. Roma era el centro del mundo, sede de todas las diversiones e incentivos que un hombre podía desear. Por el contrario, el desierto era una sentencia de muerte. Pero el emperador había hablado. Y castración o no, Décimo no tuvo más remedio que obedecer.



Ni siquiera de los miembros exiliados de la nobleza romana se esperaba que viajaran sin las comodidades de casa. Poco después de

su llegada a Tel Arad, Décimo ordenó que se construyera una residencia amurallada siguiendo sus indicaciones al pie de la letra: una reproducción fortificada y a gran escala de la villa que poseía en Roma. Mandó llamar al mismo pintor para que reprodujera sus frescos favoritos y a los mismos artesanos para que colocaran los mismos mosaicos de sus suelos, tesela por tesela. El mismo jardín y las mismas fuentes dominaban el patio central de la casa. Los mismos esclavos habían hecho el viaje para servir a Décimo de día y las mismas concubinas para servirle de noche.

Una vez acabada, la residencia tenía un aspecto impresionante. Un brillante símbolo de la superioridad romana oculto al público detrás de unos muros de tres metros de altura. Estaba construida en la cima de una colina, con vistas a la zona noroeste de la pequeña ciudad, encima del templo y del bazar donde, como decía Décimo, «los *rebuznidos* de los asnos, los *alaridos* de los mercaderes y los *balidos* de los fieles forman un coro incesante que no me concede ni un solo instante de paz».

Pero no todo era tan malo en Tel Arad. Aunque había tardado algún tiempo, Décimo había terminado por encariñarse con su nueva ciudad. No por sus riquezas culturales ni su belleza natural, que eran inexistentes. Ni por las mujeres de allí, dado que había importado las suyas. No; se había encariñado con su nuevo hogar porque, hablando con educación, era un vertedero de basura.

En Roma siempre había alguien más poderoso, alguien con quien contemporizar o a quien untar la mano. Las conjuras y traiciones traían duras consecuencias. Roma era una ciudad de leyes. Pero el desierto era un lugar sin ley. En Tel Arad, Décimo era el único con quien había que contemporizar. Su bolsillo era el único que había que llenar. Él era la ley. Era un papel que nunca había tenido oportunidad de desempeñar en Roma y cada día que pasaba lo disfrutaba más.

Como gobernador de aquel pozo de arena dejado de la mano de Dios, tenía el poder y por lo tanto la responsabilidad de comprobar que las mercancías árabes que se dirigían a occidente estu-

viesen al nivel de la «normalidad romana», expresión que tenía un significado muy amplio y siempre cambiante, pero que más o menos podía resumirse como «cosas con las que Décimo no se habría quedado».

Nombró «inspectores» a unos cuantos lugareños a su servicio y los dejó sueltos por el bazar para que llevasen a efecto comprobaciones aleatorias de calidad, por decirlo de alguna manera. Aquellos inspectores lo comprobaban todo, desde joyas hasta artículos de cerámica, pasando por la artesanía textil y productos de alimentación. Y si un objeto parecía ser de «calidad inferior» o «sospechoso de ser una falsificación», era confiscado y trasladado a la residencia del gobernador para ser sometido a una comprobación en el futuro. Allí, Décimo tenía la última palabra sobre si había que devolver el objeto o si había que guardarlo indefinidamente en una estancia construida especialmente para este fin. En los seis meses que habían transcurrido desde el comienzo de las inspecciones, ni un solo mercader podía recordar que se hubiera devuelto un solo objeto. ¿Y si se quejaban? ¿Y si causaban algún problema, por pequeño que fuera? Décimo se aseguraba de que no volvieran a poner los pies en el bazar.

Ahora era él quien tenía el poder de desterrar.

Con tantos objetos valiosos almacenados en un mismo lugar, Baltasar se había olido su existencia al cabo de poco tiempo. Los rumores le habían llegado a través de los canales habituales, con las exageraciones de costumbre:

—¡Nunca ha existido un romano más ladrón! ¡Se sienta sobre tal montón de riqueza que haría palidecer de envidia a los dioses!

Y aunque normalmente aquellos rumores no llevaban a nada, la mera posibilidad de robar un pequeño tesoro robado, y de paso dejar en ridículo a un gobernador romano, bien valía echarle un vistazo de cerca. Y así fue como Baltasar se había puesto en camino desde Damasco, adonde lo había conducido otro rumor, un rumor cuya veracidad llevaba años investigando. *El único que en realidad le importaba*. Había cabalgado hacia el sur pasando por Bosra y

evitando los caminos en lo posible. Y la quinta noche de viaje había visto brillar a lo lejos las antorchas de Tel Arad, y por encima de ellas, las grandes murallas blancas de la residencia del gobernador.

Al día siguiente había hecho preguntas en el bazar, con la esperanza de comprobar algunas de las historias que le habían contado en el norte. Para su sorpresa, no sólo se las confirmaron, sino que, a juzgar por lo que le dijeron, el valor de los objetos confiscados era mucho mayor de lo que había imaginado. Cálices de oro, pulseras de plata, especias y perfumes raros...; todo confiscado por aquel tipo llamado Décimo. Todo puesto a buen recaudo tras sus murallas.

Parecía una de esas raras ocasiones en que la verdad superaba la leyenda.

Baltasar tenía ya el móvil. Ahora estaba a la espera de una oportunidad. Vigiló de lejos la residencia del gobernador, tomando nota de cuántos guardias había, cuándo y cómo patrullaban el recinto y qué clase de armas portaban. Aunque Tel Arad era provincia romana y sus habitantes pagaban impuestos romanos, el ejército romano no podía ser molestado para que acudiera a un lugar situado tan al este, y mucho menos para velar por los intereses de un gobernador que había perdido el favor del emperador. Para vigilar su residencia, Décimo se había visto obligado a quedarse con un puñado de soldados del ejército de Judea, cedidos por Herodes el Grande y que resultaban mucho menos impresionantes. A pesar de todo, aunque los soldados de Judea no eran tan profesionales ni estaban tan bien equipados como sus colegas de Roma, tampoco eran moco de pavo. Irrumpir solo en la residencia no entraba en sus planes.

Baltasar necesitaba una forma de colarse. Una forma de cruzar sus defensas. Dos días después de llegar a Tel Arad, encontró una. Se llamaba Flavia.



Con diecisiete años, tendría que haber estado en Roma, disfrutando de los privilegios de la riqueza y la juventud en la ciudad más grande del mundo, viviendo con el resto de vástagos de la clase dirigente. Lejos de ello, su padre la había arrastrado al desierto del Imperio Oriental para que se marchitara bajo aquel calor. Sin nada que hacer. Sin nadie con quien hablar, salvo concubinas y esclavos.

Baltasar la había observado durante tres días. Cada mañana bajaba por la colina donde estaba la residencia de su padre, acompañada por un par de soldados. Durante las horas siguientes, paseaba por el laberinto de calles atestadas que formaban parte del bazar, comprando de todo, desde sedas y liras hasta higos, ignorante o indiferente al hecho de que podía conseguir cualquiera de aquellos objetos gratis en la residencia de su padre. Luego, al mediodía, subía la colina y desaparecía tras las murallas de la residencia para no volver a ser vista hasta el día siguiente.

Cuando Baltasar entró por fin en acción, lo hizo utilizando el truco más antiguo y fácil. Tan fácil que casi se sintió avergonzado.

—Perdón —dijo.

Flavia se volvió al mismo tiempo que los soldados que la acompañaban. Tenía el pelo rubio y rizado, una rareza en aquella parte del mundo, un cuerpo maduro, un rostro bonito y una nariz pecosá, también una rareza. No era su tipo, pero tampoco estaba mal.

—Creo que se te ha caído esto —añadió.

Le ofreció la mano cerrada, que rápidamente fue sujeta por un guardaespaldas. Baltasar sonrió y abrió la mano, dejando al descubierto una pulsera de cuentas. La pulsera que la madre de Flavia le había regalado antes de morir.

La pulsera que Baltasar le había robado unos momentos antes.

Flavia lo miró con aire incrédulo. *Siempre reaccionan igual*, pensó él. La muchacha se preguntó cómo había podido perder algo tan preciado para ella. Apartando a los guardias, dio las gracias efusivamente a Baltasar y se presentó, alargando la mano:

—Flavia —dijo.

—Sargón —respondió Baltasar, estrechándosela.

—Sargón..., ¿te importaría acompañarme a dar un paseo por el bazar?

Ahora tengo que titubear... Mi rostro enrojecerá de modestia. Sí, te acompañaré a dar un paseo por el bazar. Pero he de hacerte creer que es lo último que se me habría ocurrido..., se dijo Baltasar.

—Vamos —insistió la joven al verlo vacilar—. Deja que te compre alguna cosa para recompensar tu buena acción.

—Oh, bueno... Yo... no sé.

Claro que lo sé. Pero ahora tengo que titubear un poco más. No demasiado..., no tanto como para que pierdas el interés. Sólo lo suficiente para que creas que puedo decir que no. Y entonces, cuando vea en tus ojos que crees que voy a decir que no, aceptaré tu invitación.

—Bien, pero... tu compañía es la única recompensa que quiero.

Y tú, silenciosamente, caes en la trampa... mientras yo me preparo para conquistarte con todas las mentiras de una vida.

Flavia y «Sargón» pasearon durante horas y hablaron de todo. Dos espíritus solitarios que finalmente —por puro milagro— encontraban un alma gemela en aquella lejana tierra. Y aunque los guardaespaldas de la joven miraban al tal Sargón con recelo, y les hubiera gustado darle una paliza y echarlo de allí, sabían que era mejor no llevar la contraria a la única hija de Décimo Petronio Verres.

Al cabo de tres noches y tres paseos por el bazar, Flavia coló a Baltasar en la residencia y en su dormitorio..., como él sabía que ocurriría.



Las dos semanas siguientes habían sido divertidas. Mejor dicho, fructíferas.

Por la noche, mientras Flavia dormía, Baltasar se levantaba silenciosamente de la cama para ponerse a trabajar, recorriendo lenta y metódicamente la residencia, grabándosela en la mente hasta

que conoció todos sus rincones de memoria, hasta que averiguó las costumbres nocturnas de todos los esclavos y los lugares donde estaban apostados los guardias. Hasta que supo cómo ir de un lado para otro sin poner un pie en las zonas alumbradas por las antorchas. Y lo más importante, hasta que hubo examinado todos los objetos confiscados en la legendaria habitación del gobernador, que encontró la primera noche y que, como todo lo que había en Tel Arad, había superado sus expectativas.

Y la noche que Baltasar creyó que ya no le quedaba nada por saber, llenó dos grandes alforjas con objetos que había elegido atendiendo a su valor y a su peso, de tal manera que pudiera transportarlas sin dificultad y moverse con rapidez si fuera necesario. Con las alforjas llenas, se había dirigido por una ruta preparada cuidadosamente y que llegaba hasta la puerta trasera de la residencia. La que siempre quedaba desatendida por espacio de diez minutos a aquella hora de la noche, gracias a un guardia con unas funciones fisiológicas *fabulosamente* regulares.

Se arrastró por el jardín a oscuras (veintisiete pasos), pasó junto a la fuente (otros diez, pero girando ligeramente a la izquierda) y luego torció bruscamente a la derecha, al llegar al reloj de sol. Después, treinta pasos justos en línea recta hasta la puerta. Treinta pasos para alcanzar la libertad...

—¿Sargón?

Baltasar casi dejó escapar un grito al dar media vuelta para encararse con la voz. Al principio creyó que se había dado de bruces con un fantasma. Un ser blanco y transparente que parecía flotar hacia él desde la oscuridad, apenas perceptible a la luz de la luna. Se detuvo, paralizado, mientras se acercaba..., hasta que vio lo que era realmente: un camisón blanco, agitado por el cálido aire nocturno.

—Flavia... —susurró.

—Eres... eres un ladrón —dijo la joven.

¿De dónde has sacado esa idea? ¿Será por las alforjas llenas de objetos robados que llevo a cuestas en medio de la noche?

—No.

—Me has utilizado.

Sí, te he utilizado y te volvería a utilizar. ¿Y quién te crees que eres para sentirte utilizada? Eres una romana. Todos los de tu clase utilizan a los demás. Lo único que hacéis es expoliar, quemar, robar y asesinar.

—No —dijo Baltasar—. Flavia, escúchame...

—¡Calla!

Sólo tenía que gritar para que los guardias acudieran corriendo. Y cuando eso ocurriera, el emocionante problema que en aquel momento hacía que el corazón de Baltasar latiera con fuerza en su pecho se convertiría de inmediato en un problema real, *un problema de órdago*.

Por otra parte, ella podía dejarlo escapar con facilidad en medio de la noche. Nadie sospecharía nunca que Flavia había tenido la culpa del robo. Su castidad no quedaría en entredicho y Baltasar estaría lejos por la mañana, con la promesa de regresar y «sacarte de aquí, Flavia, en el momento oportuno, para llevarte lejos de todo esto, para poder estar juntos». Una promesa que no tenía la menor intención de cumplir.

—Flavia —exigió—. Escúchame, ¿quieres? Sí..., es verdad, he cogido todo esto. Lo he cogido del almacén de tu padre. ¡Pero tienes que creerme..., hay una buena razón para hacerlo! ¡Tu padre robó todos estos objetos a los habitantes de Tel Arad! ¡Pobre gente! ¡Hombres honrados! No podía soportar verlos sufrir. La verdad es que me has pillado robando, sí. Robando al hombre que robó antes. ¡He robado de nuevo esos objetos para devolvérselos a sus legítimos propietarios! ¡No hablas siempre de lo cruel y egoísta que es tu padre? ¡Bien, Flavia! ¡Aquí está la prueba!

La estoy convenciendo. He de decirle algo que le llegue al corazón..., Desviar su atención del robo.

—Y... sí —prosiguió—. Sé que debería habértelo contado antes, pero no quería que te vieras implicada. ¿Y si algo hubiera sali-

do mal? ¿Y si te hubiera metido en problemas? No me lo habría perdonado jamás, Flavia. Eres demasiado buena para una cosa así.

—Yo... yo no sé...

Sí, lo sabes.

—Flavia, te juro por nuestro amor..., por mi alma, que lo que digo es la verdad.

Ella se quedó callada un momento, vacilante y confusa, víctima de la juventud y la inexperiencia, y de un profundo deseo, una necesidad, de creer que todo lo que él decía era cierto.

—Por favor, Flavia, no tengo mucho tiempo...

También podría darle un golpe en la cabeza. Si hiciera falta, sólo un ligero golpe en la cabeza. No tan fuerte como para hacerle daño, pero lo suficiente para que yo pueda salir de aquí a toda prisa.

Pero Baltasar no creía que fuera necesario. Su instinto empezaba a decirle que todo iba a salir bien... y decidió confiar en el instinto.

No gritará. Detesta a su padre. Sí, detesta a su padre, detesta que la haya traído aquí. Además, lo hemos compartido todo. Nuestros secretos más íntimos. Nuestro más profundo amor. Y sí, es verdad que eso es mentira, pero no para ella. Es imposible que me descubra. Me ama. Soy un tipo con gran habilidad para saber de estas cosas, y ahora sé que no gritará. Nunca había estado tan seguro de algo.

Gritó.